

TÍTULO: **DESDE LOS BARROTES**

Siempre me entretenía viendo a Paula desde todos los resquicios posibles de mi jaula. Aunque claro, esto no es de extrañar, dadas todas las horas muertas que pasaba en mi pequeño hogar sin mucho que hacer. De este modo, fui fijándome en las conductas humanas con el objetivo de intentar comprender un poco mejor su forma de actuar, pues me fascinaba. Se puede decir que soy un apasionado de los humanos. Esto no está demasiado bien visto entre los de mi especie, pero no me avergüenza admitirlo.

Me gustaba mucho ver el interés en sus ojos con cualquier cosa insulsa que hiciera, como correr en mi rueda o sacar la nariz entre los barrotes. ¡Qué conformista! Laureaba cada uno de mis movimientos como si de una hazaña se tratara. Era capaz de sacarle una sonrisa con casi cualquier cosa. Me gustaba verle esa curvatura en su semblante. Se me antojaba que era un poco más feliz y tenía la certeza casi absoluta de ser yo el artífice. Y eso me hacía feliz a mí también. —Al fin y al cabo, esa era mi misión, ¿no?—. El vínculo que teníamos Paula y yo era muy especial y quería ayudarle en todo lo que me fuera posible.

Pues bien, en mis ratos libres —pongamos, el 80% del tiempo que no dedicaba a comer, dormir o acicalarme—, me dedicaba a observar disimuladamente cuando ella no me miraba. Observaba atentamente e iba buscando explicaciones a las acciones de Paula. Intentaba ajustar mis horarios de sueño a los momentos en los que ella no estaba en la habitación, para perderme las mínimas observaciones posibles. De esta forma, dormía por el día cuando ella no estaba y durante la noche estaba todo lo activo posible sin perderme detalle. Normalmente acababa encontrando explicación a las razones impulsoras de sus actos: se sienta en la silla porque se cansa de estar de pie. Se tumba en la cama porque horizontal está más cómoda para dormir. Se mira en el espejo para poder ponerse la ropa correctamente — ¡incluso es capaz de ponérsela sin mirarse!—. Todo esto tenía bastante sentido ahí hasta donde podía alcanzar mi vista. Pero, lo que realmente me inquietaba era todo el rato que Paula se pasaba fuera de mi campo de visión, que realmente era mucho. Y me temo que en esa franja de tiempo ocurrían muchas cosas que desgraciadamente no podría anotar y que afectaban a Paula, pues, así como algunos días entraba en el cuarto como un terremoto desbordante de alegría —y muchas de esas veces yo me veía recompensado con una afectuosa muestra de cariño—; otros, sin embargo, aparecía por el umbral de la puerta decaída y soltando agua por los ojos. Extraño, ¿verdad? Y, por mucho que echara a volar mi imaginación, no

daba con la posible causa de tan diferentes reacciones. No había nada en este mundo que me gustara más que poder comprenderla y ayudarla.

— ¡Mírate! Ahí tumbadito durmiendo, ajeno a todo problema que te rodea. Sin preocupaciones ni agobios, sin compromisos ni exámenes. ¡Eso sí que es una vida! Ojalá fuera tú. Y no como yo, aquí encerrada delante de libros y apuntes.

—Mi vida es horrible, ¿a esto se le puede llamar vida? Además está la señorita Littmann, que me tiene manía. Por mucho que estudie me va a suspender, ya verás. Y Rita, que ahora se ha enfadado conmigo por lo de Juan y ya no me habla...

Me gustaba mucho escuchar todo lo que Paula tenía que contarme, aún no entendiendo todo lo que decía. Pero me daba la sensación de que estar tumbada conmigo a su lado soltando todas sus preocupaciones le hacía sentir mejor. Y, cómo no, yo estaba encantado de recibir tantas caricias. Pasábamos horas y horas disfrutando de la compañía mutua.

Al cabo del tiempo, me aburrí de contemplar los mismos actos repetitivos uno tras otro, casi clónicos, todos ya muy lógicos para mí y sin ningún interés. Así que me fije más bien en las expresiones de Paula, — ¡que resultaban ser un montón!—. No sé muy bien cómo lo hace ni qué se siente, pero debía de haber una razón para cada una de ellas. Un significado. Una finalidad tal vez. Sin embargo, me hallaba encerrado en una jaula de misterio que no me permitía ir más allá de mis meras observaciones y comprender lo que pasaba por la mente de Paula.

Soñaba con ello. Le daba vueltas. Me concentraba en buscar una solución mientras roía los barrotes, pues me ayudaba a centrarme y, por qué no, a reivindicar mi libertad para poder seguir a Paula a cada rincón que ella fuera. Siempre me atascaba en el mismo punto. No encontraba solución. Creo que incluso me llegué a obsesionar con ello. Y pensaba, y pensaba, y pensaba...

— ¿Y si mañana no voy a clase? ¿Me salto el examen? Uff, no debería... ¿Me haces un hueco en tu jaula? Ja ja, ojalá pudiera desaparecer durante un día...

No sé qué será lo que hace Paula en el “cole”, pero parecía realmente aterrador. Le pelo una pipa mientras me mira para transmitirle todo el ánimo posible para que encuentre solución a su problema.

La conexión entre Paula y yo era tal, que muchas veces me ponía en su piel. Pensaba como un humano, incluso actuaba como uno de ellos. Ahora yo era Paula. Desbordante de alegría, me levanté de un salto de la cama —que, por cierto, ¡ahora me resultaba especialmente cómoda!—, salí de lo que había sido mi mundo hasta ese momento: la habitación; y me lancé a explorar el exterior.

Al principio me costó un poco comunicarme con la gente, pues parecía que no entendieran las palabras. Tardé en darme cuenta de que los humanos se comunicaban por gestos y expresiones más que por lo que realmente se decían. Otra rareza más. De ahí que Paula necesitara practicar la mímica —con todas esas expresiones—, pues parecía que fuera imprescindible para hacerse entender. Pues bien, aprendí a gesticular y mover las manos mientras hablaba —un tanto complicado he de decir—. Y en seguida me gané el hueco de Paula entre su familia y amigos. Estaba muy entusiasmado. Por fin iba a desvelar el misterio de toda una vida de investigaciones en primera persona —persona, nunca mejor dicho—. Sentía como si tuviera un globo de aire que ascendía por mi esófago hasta no poder avanzar más por riesgo de estallar. Todo acompañado de una mueca que me hacía mostrar los dientes sin parar. Ellos lo llamaban EMOCIÓN. Era estupenda, me sentía increíblemente bien y con fuerza para lograr cualquier cosa.

El mundo exterior era tan hermoso como tantas veces lo había imaginado desde la ventana: el sol lucía resplandeciente, el cielo era de un azul celeste intenso, el ambiente estaba cargado de energía. Nunca antes había sido capaz de percibirlo. Me empapaba de incontables estímulos que me sacudían y me azotaban a la vez. Una vez adaptado al medio y a un nuevo cuerpo bípedo que se mantenía en equilibrio por sí solo, inspiré hondo, me dejé llevar por el júbilo del momento y empecé a correr. Era un humano, podía hacer todo lo que se me antojara sin preocuparme de depredadores que estuvieran al acecho para devorarme.

Era increíble la adaptación que habían creado los seres humanos del mundo para su propia comodidad. Tenían todo cuanto necesitaban sin necesidad de buscarlo, cazarlo o inventarlo. Incluso gozaban de la compañía de otras personas o, en su defecto, de todo tipo de animales —sin duda, la mejor compañía posible—. Parecía que no podían valerse por sí mismos. Creo que subestiman sus capacidades individuales.

Todo el mundo tenía una dirección que seguir, un lugar al que acudir. Parecía que tuvieran prisa por ir a ninguna parte. Al menos yo no sabía a dónde ir. Estaba un poco confuso. Entonces caí en el colegio. Debía ser el lugar al que todo el mundo iba. Sólo con recordar todo lo que había escuchado sobre él me entraba pavor y sentía ANGUSTIA: un nuevo globo interior, pero que esta vez no quería escapar de euforia, sino que se internaba en lo más profundo de mí creando una desagradable presión que amenazaba con extenderse y no salir jamás. Un nuevo sentimiento que no había experimentado antes, pues nunca antes me había preocupado por algo que aún no hubiera ocurrido. Si me paro a pensarlo, resulta realmente estúpido y carente de toda lógica. Es algo que sólo te atormenta y que no te permite hacer nada al respecto. Aún así es algo que para la condición humana parecía inherente.

Pues bien, la rutina era algo devastador. Pude comprobar que era igual o incluso más aburrido de lo que resultaba visto desde mi jaula. Era un deambular sin ser consciente apenas de mi propia existencia. Era acostumbrarme a recorrer siempre los mismos caminos y cruzarme con las mismas caras. La costumbre no me permitía ver. Si me hubiera quedado ciego, habría sido capaz de cumplir con mi cometido habitual. Costaba encontrar un motivo que me impulsara a buscar alguna alegría en un día calcado del anterior. Era como si, al tener esta humanidad ya todo cuanto pudieran imaginar, tuvieran que ocupar ese tiempo que les sobraba en buscar nuevas cosas vanas que hacer con las que se sintieran útiles. Cosas con las que entretenerse para acabar el día con la falsa sensación de plenitud al haber cumplido con tu deber ficticio. Realmente esto me inundaba de un vacío interior e impotencia. TRISTEZA. Otro tipo de jaula sin barrotes.

Lo único que podía amenizar aquellas jornadas repetitivas era la compañía. Realmente los humanos necesitaban la parte imprevisible que aportan otras personas o animales a su automatismo. Aquellos que le dan un toque especial a cada día. No me daba cuenta hasta este momento, pero sólo con el hecho de interactuar y gesticular frente a otra persona, me obligaba a dejar de lado mi ensimismamiento, bromear y soltar pequeñas risotadas que sin duda me hacían recordar lo que era sentirse vivo. FELIZ. No sabría concretar si esto se trataba de un privilegio que te permite disfrutar y compartir una vida en sociedad o si por el contrario suponía una necesidad que constantemente precisaba ser saciada y amenazaba con atormentarte si no la cubrías.

Me sentía tremendamente fatigado. Me cansaba el tener tantos pensamientos en la cabeza, tantas cosas por hacer aparentemente sin una finalidad; tanto sentimiento acumulado tan diverso

y avasallador; y, sobretodo, tener que planificar todas las acciones antes de llevarlas a cabo sin poder dejarme llevar simplemente por los instintos.

Con estas reflexiones fui regresando del mundo de los sueños, de mi fugaz momento de humanidad, procurando no pasar por alto ningún detalle de la reveladora experiencia vivida que siempre perseguí.

Ser humano está bien. Pero también está bien tener un cerebro libertino, libre de preocupaciones. No sé, quizá para otra vida; de momento disfruto de los juegos de tubos, de escarbar y escalar. En definitiva, de la modesta vida sin complicaciones de un hámster. Definitivamente, me comprometo a esforzarme más aún en mis intentos de amenizarle un poco las repetitivas jornadas a mi querida dueña.